que pedía á grandes voces la muerte del Justo, al Proconsul de la Judea, cuyo corazon estaba inclinado á la misericordia : le he visto, á favor de la agitacion del pueblo, decir unas palabras al oido de un esclavo, y luego el esclavo le trajo al punto *una fuente de plata y un vaso de Corinto,* y se lavó las manos, porque rehusaba tener participacion en la sangre del Justo. ¿Porqué no hiciste, Señor, que se calmára la ira del pueblo y oyera á su Pontífice, y no que el Pontífice fué arrastrado por el pueblo y por las iras de los sacerdotes y fariséos? Pudiste hacerlo, Señor. Tú que dás á los cielos *himnos eternales para celebrar tu gloria,* y lágrimas al pecador que implora tu misericordia infinita, ¿porqué no lo hiciste?

Y en el instante mismo, se cruzaba la palabra de los espíritus en los abismos y en el cielo; habia llegado la hora sublime de los misterios; rasgado el velo del templo, entreabiertos los sepulcros, hablaba el silencio por la boca de los Patriarcas enterrados hacia mil años; bajo las primeras capas de la tierra primitiva sonaban las voces de los primeros padres del género humano; *y de entre las aguas del mar muerto* se escapan sordos gemidos de las potestades del infierno. Satanás quisiera regocijarse en los dolores de la Madre de Dios; pero Satanás sufre los tormentos de la desesperacion mas horrible. *Se vuelve al maldito y reprobado Adramelech;* quisiera maldecirlo, ó adorarlo; Adramelech quisiera poder adorar á Satanás, ó maldecirlo; la rabia y el dolor sofocan los lamentos del infierno. El primer hombre levanta sus brazos al cielo, y exclama :" *en este dia de sangre viene á mi memoria el crímen que me ha perdonado el Señor.* El Señor nos ha dado la salud, y á nuestra raza. Los cedros y las palmas oyeron el nombre de Jesús. ¡Jesús! repitieron las rocas del Tabor y del Golgota.... La Madre de Dios, retrocediendo con el pensamiento á las primeras edades, habla con Eva *á quien sintió remover la tierra debajo de sus piés para levantarse á una nueva vida :* "¿le has visto morir? pregunta : ¿oiste el acento de sus últimas palabras? Los cielos han recogido sus últimas palabras, *terríbles como la última estrofa de un himno del arcangel.*" La Reina de los cielos está llorando al pié de la Cruz, y todos los que vieron á aquella mujer desolada, alzándose sobre las colinas de Jerusalem, per-

filadas por una luz siniestra, ajitándose con sus rotas vestiduras y sus cabellos ondeantes, decian : "El angel del Señor derramó una de las siete copas; la gran ciudad fué dividida en tres partes; y las ciudades de las naciones cayeron; y Dios se acordó de la gran Babilonia para darle á beber el caliz de la amargura, ¿Porqué no perdonó el Señor á su desconsolada Madre?.... Un Profeta llevó la muerte à Jerusalem; que riegue el Profeta con su llanto el polvo de los caminos, y lloren los sacerdotes, y giman los que no tienen pan que comer, y las viudas que están sin apoyo, y las vírgenes escuálidas, y la ciudad oprimida de amargura. Valga por sus pecados ese llanto eterno que escalda la mejilla, y que no haya quien la consuele : mas ¿porqué pesarán sobre la Vírgen de Nazareth los castigos que cayeron sobre Jerusalem y Babilonia?....

¡Muerte, ven y protejenos con tu sueño dulcísimo! Impon silencio á las potestades del infierno, y caiga la piedra de los sepulcros, y que mueran todos los ruidos de la vida, el canto del pájaro, la voz del hombre, el silvo del viento, y hasta los vagos rumores de las selvas. Responda el mundo con un silencio

funebre al dolor de la mas tierna y aflijida madre, que estrecha contra su corazon, enamorada y sin consuelo, el cuerpo ensangrentado de Jesús.

Ya el Angel de la guarda extiende un velo diafano, y oculta con sus alas la frente abrasada de la madre de Dios; va replegándose hasta perderse en los cielos un ruido lejano y dulcísimo, semejante *al sonido que despide el salterio de los Profetas*, y al extinguirse, se siente cargado de suaves perfumes, y los acordes de una harpa melodiosa y triste arrancan los sonidos de una voz celeste, que dice estas palabras en medio del silencio universal: "Tornará la luz al sol, y la paz á los sepulcros, y el silencio á la tierra; y enjugará las lágrimas de una Vírgen desolada, el divino hijo de la mas tierna de las madres."

Y esta esperanza que brillaba como una estrella en el negro fondo de sus dolores, venía á juntarse con todas las amarguras : la Vírgen ayudaba á la expiacion universal; era la víctima inocente; la Madre del cordero sacrificado por los pecados de los hombres. No fué bastante que el angel derramára sobre la tierra las siete copas de la colera de Dios; aquellas

gotas de la suprema ira cayeron sobre el mar, que vino á ser como la sangre de un muerto; cayeron sobre el sol, que atormentó á los hombres á vivo fuego; cayeron sobre el trono de la bestia, y se volvió su reino tenebroso, y los hombres se mordieron la lengua en el exceso de su dolor; cayeron sobre el Eufrates, y se cortaron sus aguas para abrir el camino à los Reyes que habian de venir del Oriente. ¿Nó tuvieron ira los cielos para derramarla toda sobre Babilonia? Sobre tí, Santísima Vírgen, ¿pesarán todas las abominaciones que merecieron las naciones idólatras? Yo os mostraré, habia dicho un angel, la condenacion de la gran prostituta con la que se corrompieron todos los Reyes, y que ha embriagado con el vino de su prostitucion á los habitantes de la tierra. ?Cómo quedó más amargura, más ira derramada fuera de las siete copas llenas de abominacion, cuando cayó la gran Babilonia, la mujer vestida de purpura y de escarlata, rica de oro, perlas y piedras preciosas, embriagada con la sangre de los mártires de Jesús? "¡Infeliz madre!" decian en coro las mujeres de Galilea; ¡infeliz madre!..... Siquiera, aquellas mujeres orgullosas de los

antiguos imperios asiáticos hallaron en sus tormentos horribles el consuelo de la desesperacion, el bárbaro placer de darse la muerte; eran reinas, vates inspirados, mujeres perdidas con el aparato de Diosas, envenenadoras con mantos de oro y purpura, y se daban la muerte en un festin, preludiando con su lira tristes acentos, impregnados de una sublimidad extraña! Ni conocieron tampoco los placeres y dolores de las madres, porque estaban en los mercados á precio de las gentes. El Profeta de Patmos vió á la gran Babilonia sentada sobre siete montes y otros tantos reinos, que tenía en la mano un vaso de oro, lleno de abominaciones y de impureza..... ¡Infeliz madre! Lágrimas y amor tenía para su querido Hijo! ¡Infeliz madre! clamaban en coro las mujeres de Galilea. Y la Santísima Vírgen, estrechamente abrazada como una corona fúnebre á la cabeza ensangrentada de Jesús, exalaba su amor, cada vez mas apasionado, y su dolor, cada vez mas pvofundo, como la siempreviva su triste aroma sobre la tumba de los muertos..... *¡Ya no vives tú!* dice la Vírgen traspasada de dolor; *¡tú, á quien amo con todas las fuerzas de mi alma!* Héme aqui desempa-

rada en medio de tantos horrores; el pueblo brama y huye de sí mismo, como una fiera herida; los que te creen huyen del sol que se oscurece como una lámpara sepulcral, de la tierra que tiembla, de los soldados que pasean por el campo armados como si temieran un asalto á la ciudad. ¡Ah! Si mi lengua pudiera articular algunas palabras, yo preguntaría á los pocos amigos que me quedarou fieles "*¿le habeis visto levantar por última vez la cabeza y los ojos al cielo?* ?Oisteis aquel acento terrible de su última palabra?... Miradme con tierna compasion, vosotros que llorais al pié de la cruz..... y las mujeres de Galilea seguian diciendo "¡Infeliz madre!..... Ah! si mis ojos tuvieran lágrimas todavía, *las derramaría tambien por vosotras, hijas de Jerusalem.* ¡Oh mi divino Jesús! si te arrancáren de mis brazos, ¿cuál sera la tumba donde tú dormirás.....: *¡si es que tus enemigos te conceden una tumba!*

Dejad de correr, lágrimas amargas; porque cayeron por tierra los altares de los ídolos; se tornan á la vida las cenizas heladas, y los angeles vuelan al encuentro de las viejas generaciones que se levantan de sus sepulcros.

Muertos, levantaos. Se rasgan las entrañas de la noche; tiemblan los fundamentos de la tierra, y gime el abismo de los mares. Ya los huesos aridos se incorporan en el campo de Ecequiel, *al sonido de la trompeta que llama y amenaza;* los angeles claman; la tormenta muge, y estremece la tierra de polo á polo..... *¡Silencio, harpas de oro!* Que la Madre de Dios llora todavía! Vive aun, porque estrecha contra su corazon el cadaver de su querido Hijo, con todas las fuerzas de una amarga alegría. ¡Silencio! ¿Qué será de esa madre desconsolada al arrancarle de entre sus brazos al Hijo de sus entrañas?

María Magdalena inunda los piés del Salvador con sus lágrimas amorosas y ardientes; unos sirvientes de José de Arimatéa preparan perfumes; otros preparan la piedra del sepulcro que habrá de recibir los mortales despojos del Hijo de Dios; y el coro de las mujeres de Galilea, presajiando las amarguras de la soledad de la Vírgen, exalaba este triste gemído "¡infeliz madre!" ¡Silencio harpas de oro! Que los mares y la tierra cubren á los muertos; los vivos habitan aún sus palacios dorados; todavía el Sacerdote, el Centurion y el Pontífice

se pasean á lo largo de sus jardines y galerías, aunque pensativos y recelosos, redoblando las guardias y las precauciones, injiriéndose entre las sibilas y los agoreros, y volviendo á sus cavilaciones con el dedo en la frente, como poco satisfechos aun de las explicaciones menos contrarias á los misterios del paganismo. ¡Silencio harpas de oro! Que el angel de los dolores desplega sus negras alas, y la noche su negro manto, y el Calvario sus misterios sombríos, y el cielo sus iras como si no hubieran de aplacarse nunca. En tanto las mujeres de Galilea, presajiando las amarguras de la soledad que aguardaban á la Vírgen, repetian aquel tristísimo coro, "¡infeliz madre!" ¡Oh! no pudiera inventarse un tormento mas dulce por el corazon de una mujer, que aquel melancólico suspiro siempre repetido; ¡infeliz madre!..... ¡Silencio harpas de oro! Que pueda llegar á todos este tristísimo lamento, en que prorrumpen las mujeres de Galilea: "¡infeliz madre!"

Los dolores de la Madre de Dios han de ser tambien, Señores, los dolores nuestros. Felizmente, no hay corazon sin angustias, ojos sin lágrimas. En esta vida, soberbia escuela del in-

fortunio, el hombre ha de llorar y sufrir amargas tristezas para llegar al cielo. Si no atendieramos mas que á esos dolores profundos que Dios solo conoce, bueno sería librarnos de la existencia como de una carga insoportable: pero la vida no es el término, sino una peregrinacion sobre la tierra. Los buenos cristianos caminan animosos, apoyados sobre su baston de peregrinos, secos los labios, y haciendo vida de mártires; puesto el corazon en Dios, y la frente en el cielo. La grandeza del infortunio hace sus almas mas grandes todavía. Es preciso tolerar la vida; ¡es tan corta! Tengamos el valor de esperar la muerte, que para nadie tarda. Bossuet ha creido consolar á los hombres, y revelarnos la única grandeza humana, la grandeza del infortunio, cuando nos ha dicho: "es preciso vivir, porque el vivir es triste." (il faut vivre que cela est triste.)

Gran consuelo tenemos en este valle de lágrimas los desterrados hijos de Eva, diciendo à la Madre Dios: *Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve, Reina de los mártires, Madre de los pecadores, Consoladora de los aflijidos, ruega por nosotros. Amen.*